

L u i s V e n t u r e l l i

POEMA
POLIFONICO

N U M E R O D O S

L u i s V e n t u r e l l i

P O E M A P O L I F O N I C O

N U M E R O 2

m o v i m i e n t o s :

centellas nocturnas

claro de luna

matinal: crescendo y canto

iluminaciones

transfiguración al alba

ángeles en Algarrobo Norte

adagio triste

solemne

Es propiedad. Derechos reservados para todos los países. Inscripción N° 41.650.

Se considera ilegal cualquier ejemplar de la presente obra que no lleve el timbre con la sigla del autor.

IMPRESO Y HECHO EN CHILE. SOFECH IMPRESORES

S OMBRAS de los árboles, fantasmas nocturnos.
¿Quién corre, quién lucha, quién arremete?
Voces del silencio, inmovilidad impetuosa,
inquietud soberana.

Nadie. Sin embargo un gentío innumerable
aumenta y conclama llenando la noche,
muchedumbre de monstruos de héroes de caballos
en la batalla desenfrenada.

¿Quién grita, quién hiere, quién llora?

Nadie.

Solamente el silencio.

Solamente las sombras, los troncos, las ramas.

Solamente la luna peinando el follaje.

MIL pavos reales lucen en la plaza
sus arco iris rastreando el suelo,
perlas y aceros azules, sin mirada
ojos celestes entre brillosas plumas.

Alumbran el atardecer suave
entre el misterio de la noche y el día,
cuando repentino se despliega
un blanco vuelo que la gente admira.

Alto sobre terrazas y balcones
un prodigioso alción levanta el grito
y la envidia de las terrestres aves.

Pero suben maravillosos sus colores
gloriosamente por el cielo verde.
Cándidas, pobres, hormiguean las aves.

LOS límites del cuerpo se disuelven
en la noche que es toda temblorosa
de estrellas azuladas. Velos cósmicos
rodean mi inmensidad y me confundo

con los astros que surgen y declinan.
Cada medida borro, cada espacio,
la eternidad del tiempo señoreo,
con miles de años-luz entre mis dedos.

Me envuelvo en las galaxias, desparramo
innumerables mundos ignorados.
La mente puede todo lo que quiere.

Todo es realidad lo que ella sueña.
Por ella en mi noche palpitante
a plenas manos voy sembrando estrellas.

EL tiempo, la distancia, el infinito,
son inmensas palabras solamente,
cuajadas dentro de un emblema inscrito
que puede derrumbarse de repente.

Libre sencilla quédase la mente
para considerar astro o granito
de arena como un todo pertinente
entonces a ella misma y a su infinito.

El verdadero, ya que nada existe
sin ella, nada tiene algún sentido
fuera de su poder de entendimiento.

Y puede producir, si sólo insiste,
cualquiera idea, cualquier sueño atrevido:
captar estrellas desde el firmamento.

Olvídate de todo. Sólo piensas
que somos criaturas de la vida,

nutridas por el sol y por la luna,
hechas de actividad y de sosiego.

¿La golondrina envidias sin cuidado?
Eres la golondrina con su vuelo
torcido, eres el pasto bajo el viento
y la luz de las nubes del verano.

Tú eres todo lo que el mundo otorga,
todo lo que te gusta y con que sueñas.
Eres el mar, el cielo y sus estrellas.

Y eres la bondad y la ternura
y toda la energía que tú dominas.
Tú eres, hombre, todo lo que quieras.

En las enredaderas de tus venas
está la mar azul llena de vida;
el cielo resplandece entre tus ojos
claro o sombrío variando sus colores.

Las manos tuyas son como las raíces
de los árboles que ganan alimento
pero también son armas y caricias
y plasman lo que crea tu pensamiento.

Es con él que tú vuelas, con él subes
donde no alcanzarán jamás las nubes,
donde no hay más estrellas, no más luces.

Criatura de la vida y de este mundo,
trasciendes más allá de sus confines
hacia otro universo más profundo.

ARDE el estío. Mi corazón en llamas
urge como la fuerza de la selva;
es sol radiante fuera de mi pecho,
estalla en cada rayo del verano.

Trepa hasta alcanzar las copas de los pinos,
se sobrepone al disco astral del día,
tiñe de rojo toda la campiña.
Su sangre incendia y vibra la llanura.

Verano, locura derramada en energía solar,
sediento salvaje crepitante,
difuso en el verdor de cada hoja,

no estás fuera de mí, sino que naces
en la profundidad de mis entrañas
y brotas fuego como los volcanes.

¿QUE quedó del ocaso? La ceniza.
Cesó la llamarada al occidente.
La mar hundió el emblema del tridente
bajo su vasta superficie lisa.

Perlera paz derrama una silente
gaviota con el hilo de la brisa
y vuela y teje sin sombra de prisa
una suavidad resplandeciente.

Toda la luz que aún ahora el cielo
obscorece la tierra con su calma,
hace blanquear la franja de las playas.

Atardecer tan corto, no te vayas,
quédate acá en el medio de mi alma
palpitante contigo como un velo.

E STAN las cosas llenas de silencio,
la noche, la calle, el aire y las piedras.
¿A qué viene el tumulto que sacude
de mis raíces una inquietud sin nombre?

Ruge la mar feroz al roquerío,
saltan las chispas como lluvia loca,
quema la sal en círculos de espumas
que iracundas rodean negros peñascos.

Un águila se hunde en el abismo,
vértigo y rostro alado con la presa.
¡Oh brinco del león sobre el antílope!

¡Oh rayo que desgarrar e incendia el roble
como hace el impulso con mi alma
en la nocturna paz que estalla en llamas!

L OS cipreses de Roma son como llamas negras
que ondulan con el viento de la tarde,
cargados de destino y de silencio.
Sólo hablan las mil lenguas de las fuentes.

No escuchen las historias de las piedras:
yacen mudas y muertas. Viven sólo
las hebras verdes de los intersticios,
la inmensidad del cielo sobre el Agro.

Pabellones de azul y nubes claras
vitorean el futuro y oscurecen
laberintos de gentes y de siglos.

Dibujo novedoso lleva el aire
para imprimirlo en la cambiante tierra.
Nadie conoce lo que engendrará.

FUERTE, desnudo, aferra un gran caballo
alado blanco fúlgido espectral
que rampa relinchando, mas el hombre
lo domina, lo monta y sube y vuela.

Mira azules los astros, negro el cielo,
el resplandor de la Vía Láctea inmensa.
La tierra abajo es como sombra triste
comparada al espíritu que asciende.

Con la noche se une y se constela,
se agranda y brilla como todo el cielo,
olvida cada pesantez terrestre.

También el monstruo, ahora, dominado,
expresa con su cándido aleteo
la interminable libertad del hombre.

NO hay lugares para hipocresía
hoy en el mundo que es maravilloso.
Lo saben los que vuelven por la vía
del cielo y lo encuentran asombroso.

Pelota azul y blanca por la estría
del retorno, refugio cariñoso,
se agranda a cada hora en simetría
dentro el espacio negro y luminoso.

¿Cómo lo guardaremos en futuro?
¿Cómo recordaremos su pasado?
Mirémoslo con ojo claro y puro.

Es la casa que el Dios eterno ha dado
a nosotros con ademán seguro.
¿Qué haremos con el don así otorgado?

¿Hay que altercar aún estérilmente
sobre administraciones, divisiones
y clases de banderas y opiniones,
o reconsiderar con otra mente

más adecuada al son del siglo veinte
los designios de todas las opciones?
No es más tiempo de ovejas y leones,
de rico y pobre, astuto e inocente.

Lejos están los días feudales
cuando quizás la brega era fecunda
y la sangre era lumbre de la guerra.

Surgieron las enormes catedrales,
símbolo de concordia y la iracunda
furia quedó bajo la justa tierra.

Y ella florecía. Era la gracia,
era la suerte de la cornucopia,
era nuestro alimento y nuestra vida;
y la pisoteaban nuestras luchas.

Olvidábamos sus bienes profundos,
regando con la sangre del hermano
las benditas raíces de sus árboles.
Las lágrimas sellaban su amargura.

Los destrozos, los surcos, cicatrices
eran de sus heridas dolorosas.
Pero seguía beneficiando al hombre.

Testigo era de nuestras crueldades
mas en su santidad de criatura
divina ella esperaba redimirnos.

Veía en los corazones la avaricia,
veneno basilar de nuestros males;
veía en las miradas la codicia
por repartir sus bienes maternos.

Y nos consideraba como iguales:
el torpe, el simple, el hombre de pericia.
La santidad nutria y la nequicia,
seráfica en sus dones naturales.

Eramos como niños pendencieros
a la espera de madurez adulta
para volvernos hombres valederos.

Quizás sabía nuestra supervivencia
recomendada a la raíz oculta
de una verdadera inteligencia.

Vendrá porque no queda otro remedio
si queremos seguir en la morada
y en armonía con todos los vivientes
moderando la exuberancia humana.

¡Perdona, oh mar azul, nuestros pecados,
manchas inmensas sobre tu pureza!
¡Perdona, oh tierra, la erosión funesta
que sigue la masacre de los bosques!

Perdonen la ceguera traficante
de los pueblos que en sus carreras locas
no ven el precipicio y la vorágine.

Con sacrificio y lágrimas crueles,
quizás rescataremos nuestros males
para encontrar la vía de la cordura.

Astros silentes de la inmensa noche,
estelas luminosas del espacio
como siembra de mundos infinitos,
nébulas proteiformes de otras vidas,

alumbrad nuestras mentes perfectibles,
dívinos instrumentos que aún esperan
el buen uso que a ellos debe el hombre
en una creación desarrollada

fuera del tiempo que sólo es barrera
para la pequeñez de nuestras vidas,
ya que también es él otra criatura.

Los siglos, los milenios y las eras
no cuentan. Vale sólo el gran misterio
del espíritu eterno y el Universo.

LA luna quiebra las nubes,
hace blanquear los álamos,
sosiega la llanura plateándola.
¡Qué sueños raros
bajo su lumbre diáfana!
Las hojas y las hierbas nacaradas
despiertan pero siguen con sus sueños
de lejanía y dulzura.

Sueñan la primavera, los pájaros, el verano,
las hadas que no vienen nunca
y sin embargo están presentes.
Y la ausencia y la espera
son sello y cara
de una moneda misma.
Una moneda de plata
redonda y blanca
como la errante luna.

Que vuelve otra vez a esconderse
tras un nudo de nubes grisoscuras
enmudeciendo toda la campiña.

La higuera que pensaba
en sus gorriones hambrientos,
se encoge y envuelve dentro de su sombra.
No tiene más manjares para otros;
piensa en sí sola
y sus raíces socavan jugos
que transforma en egoísta savia.

En el jardín los lirios fosforecen
con la misma blancura de la luna
cuando reaparece de repente
entre un lago celeste de azul nocturno
rodeado de nubes de diamante.

Cuánta paz en torno,
cándida como la blancura
que engasta las pupilas
de los ojos en calma
dentro la intimidad de la penumbra.

Mas toda la inquietud está en mi mente
y desborda llenando el paisaje.
Ella conoce una felicidad
que paulatina y solitariamente
se consume a sí misma
como hace la noche con su luna.

LA mar, la sombra, el viento,
el color de la rosa y de la aurora
pasan como músicas en mis líneas
y en las enredaderas de mi sangre.

Por eso escribo, por eso vivo y respiro
y el ansia se derrite entre mis dedos
y la angustia nocturna se desploma
como pájaro negro fulminado.

Llueve y no llueve. La noche está indecisa
y yo sueño con una casa blanca
llena de sol y alma sosegada.

La mañana vendrá, acá la espero,
y vendrán otros días y alegres cosas.
Sólo quiero dormir, ahora, amigo.

Pero no puedo, brotando innumerables,
como de una vertiente que chispea,
pensamientos y deseos, unos tras otros.
Se juntan, se entremezclan, se confunden,

y yo los miro como si bajo el cráneo
tuviera un ojo frío de sabio cuerdo
que puede analizar cualquiera cosa,
una flor, un insecto, una galaxia.

Busco la diversión y los conduzco,
los transformo en cascadas de colores
como fuegos en las nocturnas fiestas.

Después que palidecen, se desbandan
por los muchos senderos de mi alma
y me quedo vacío y aún no sueño.

Otorgaré la miel que se condensa
en la colmena profunda de mi ser.
Es para ustedes todos, mis hermanos,
es para el rico y el pobre, es para todos.

Guardaré sólo para mí el silencio,
guardaré sólo el grito mío ahogado
y la desesperada cima oculta
extraviada en la noche sin estrellas.

Los volcanes rojizos, los flamencos,
la ondulación del trigo en las llanuras,
la luz dorada del cielo en los crepúsculos,

todas las melodías con esperanzas
son para saquearlas de mis ojos.
Yo me quedo con una nube blanca.

Centella azul del sueño, venga. Espero
con paciencia, con toda la paciencia
del mundo, pero venga, no me falle,
no hay otra forma para mi descanso.

Volcanes y nubes, bosques incendiados,
llameantes barreras, cataratas sonoras,
burbujas de la mente que fermenta,
círculos luminosos de Saturno

dan vueltas y vueltas en el abismo
de la tiniebla que no oculta nada.
Nada se esconde, nada se sosiega.

Pero una luz ahora se vislumbra.
Oigo cantar suaves voces blancas,
la melodía del alba que se atrasa.

Déjenme ver el cielo, amigos míos,
déjenme ver el cielo una vez última
y os prometo que cerraré los ojos
como si este fuera el sueño extremo.

Borren los edificios que me ahogan,
las luces falsas, las telarañas tétricas
de los alambres que cortan la pureza
silenciosa del viento con estrellas.

Abranse los espacios sin fronteras,
sea una casa de vidrio esta en la roca
que mira nacer desde lo alto

la luz primera y temblorosos astros
palideciendo sobre las montañas.
Luego descansaré en un blanco sueño.

Los pájaros cantan dentro de mi alma
que verde es como un bosque al mediodía
cuando el sol filtra tupido de follaje
echando oro al musgo de los troncos.

Ellos cantan la sombra temblorosa,
el rocío del alba iridiscente,
el amor, la dulzura, el vuelo azul,
las copas de los árboles girando.

Y el cielo, la claridad del cielo
entra anhelando en mí, entra con ellos;
y cantan, cantan, ebrios de luz conmigo.

La melodía se expande en cada vena,
en cada fibra del cuerpo dolorido
que se disuelve en música de ensueño.

T AN grande tu deseo, tan escasa tu fuerza!
Estás limitado por los confines de tu misma alma,
y no volverás a conocer la libertad que —don
misterioso—
vasta hacía la infancia tuya maravillosa.
Nunca más probarás las ebriedades que solamente
conocía tu simple corazón puro.
¿Cuándo volverás a vivir en ti y por ti
la desmesurada locura del universo que en ti y para ti
plasmabas?
Fuiste un constructor de mundos inocente, un titano
fecundo,

un Prometeo atareado y sagaz al que la pobreza de las apariencias simples era el dial visible de un cosmo oculto. El parpadeo de un instante derribaba silenciosamente un mundo todavía en el vaho del caos primitivo; un flujo misterioso de la vida y tu mirada interior coordinaba la materia informe dentro un marco armonioso. ¿Recuerdas las involuciones de tus espíritus fresquísimos?

No, no puedes recordar: los hombres te contaminaron. Ellos te enseñaron sus pocas cosas inertes quitándote tu riqueza profunda. Te obligaron a beber a sus fuentes agotadas, dispersando tus vertientes generosas que, únicas, podían apaciguar tu sed inhumana. Te empobrecieron, te coartaron; y a veces tú tratas de derribar la pesadumbre que te ahoga, de libertar al dios tuyo. Y feliz eres cuando te surca una chispa de aquella existencia lejana en un súbito palpito de tu corazón inquieto, ávido y triste después, al desvanecerse aún la sombra de aquel recuerdo. Y raras veces lees esta ansiedad en unos ojos fraternales, la oyes en insólitas palabras inspiradas que alcanzan tu corazón atento a la antigua armonía.

En verdad los hombres mataron a los dioses; mas resurgirán para rehacerlos niños, y fresca y nueva la tierra volverá a ver en los ojos claros reflejarse el cielo.

Y todas cosas muertas otra vez serán criaturas vivientes
al renacer la Inteligencia verdadera.
¡Y fresca y nueva aún será la tierra!

La decrepitud muerta yacerá lejos de los nuevos sentidos.
Las nubes serán criaturas, amplias libres potentes,
multiformes aspectos de la vida mudable fresca grandiosa.
Cielos de marzo, las mentes de los hombres acogerán
todas las formas imaginables, conciliarán
la naturaleza que está en ellas y fuera de ellas, única y sola.

¡Y fresca y nueva será aún la tierra!
Vivas serán las cosas; vivas criaturas
contemplantán renacer la vida verdadera en el círculo de las
estrellas.

MIENTRAS yo duermo
la tibia noche se convierte en mar.
Su luz penetra en mis ojos cerrados;
y yo no sueño: vivo
una vida inhumana, abismal.

¡Oh alborada nunca vista,
líquida voz de las espumas,
estridencia de las gaviotas,
inmensa ala de azul!

Me hundo en el abismo,
me disuelvo en su vida secreta,
a plenas manos aferro
los peces azulinos y plateados,
de inquietas aletas sedosas.
Me agarra el pulpo protervo, me azota
la transparente medusa.
Me río y lucho en el sueño.
Me deslizo con los peces,
suelto los brazos de las vivas amarras,
me asomo impetuosamente
en vista del cielo;
pero el delfín se me arroja contra
como loco torbellino;
juega y danza conmigo entre la espuma;
me levanta, me hunde, me apunta
en mi desnudo tórax su hocico agudo;
vuelve a empujarme bajo las olas.

¡Olas, suaves cadenas de danzas,
hijas del mar y del viento,
ebriedad de colores y de luz!

¡Olas, abundancia de la llanura infinita,
libre ritmo del mar,
latid sin número
en mi corazón como mi sangre!

Entorno los párpados; la tiniebla
se tiñe de azul, se borda de espuma.

La tibieza de mi cama se torna
en la tibieza del agua que rodea
mi cuerpo desnudo.

El sueño es como el abismo. Me hundo
vertiginosamente
en el corazón de la mar.
Su latido es mi respiración;
en las hondas corrientes se pierde
el flujo de mis venas.
No tengo más límites. Las falanges
de mis dedos, el cabello, el vello
se disuelven en el agua. Me hundo, me hundo.

Oscuridad de los abismos,
súbito relampaguear de los abismos;
centellas azuladas;
fríos ojos lucientes inmóviles,
flojedad de cuerpos monstruosos,
cardúmenes infinitos que rozo.

Me encorvo, vuelvo a subir
con igual rapidez
anhelando la luz.
Me ilumino de azul, de esmeralda, de verde.
Me rodea la blancura.
Hacia el cielo
levantan gritos y espumas
las gaviotas. Con sus alas
asciendo en el sol sobre el ritmo de las olas;
veo nubes espumosas bajar sombras azulinas

sobre la virgen pureza,
la eternidad del mar
inmenso.

Toda la alborada se vierte en mis ojos,
toda la luz del cielo queda
en mi mirada para siempre.
Esplenden las blancas crestas de las olas.

¡Olas, suaves cadenas de danzas,
hijas del mar y del viento,
ebriedad de colores y de luz!

¡Olas, abundancia de la llanura infinita,
libre ritmo del mar,
latid sin número
en mi corazón como mi sangre!

GOTAS de agua y de música, esta noche.
El recuerdo devuelve visiones
pasadas y aún presentes a los ojos
y en el agudo amor de todas cosas.

Crea un áspero cielo de Cerdeña,
un día de marzo de azuladas nubes
fluyendo bajas sobre mi carrera
que corta las llanuras y las montañas.

Verde había sido el invierno. Chispeaba
anunciando no sé qué tiempo nuevo
sobre la tierra fresca de esperanza.

Dan vueltas todavía cerros, colinas,
en la veloz carrera que retorna
con las gotas de música, esta noche.

DIA mediterráneo: cataratas de luz
sobre el mar, sobre la tierra,
sobre las montañas, sobre las colinas:
inmensa luz doquiera,
delirio de luz infinita.

Anduve allá abajo en la playa
y no vi sirenas ni dioses,
sino que la soledad de las olas.

Como cuarzo la arena bajo el cielo.
No había nadie y sin embargo no estaba solo,
la voz del mar acompañando el silencio,
acompañándome bajo la llama del cielo.

Iba en busca de algo que estaba allá
y no podía ver. Caminaba, caminaba para encontrarlo.
Algo invisible y sin embargo maravilloso y presente.

ANCHA avenida hacia el infinito,
palmeras desfilando en simetría,
alargan perspectiva y geometría
bajo un cielo de nubes infinito.

Por ambos lados, muda teoría,
miran hombres llegar del infinito
blanco caballo como desde un mito
con amazona negra que lo guía.

Desnuda, hermosa, el lomo inmaculado
aprieta con sus muslos poderosos,
lanza el galope sobre el asfaltado

camino; y con asombro a cada lado
hambrientos ojos siguen impetuosos
la carrera y un desprecio simulado.

TODOS los pájaros del bosque trinan
dentro mi pecho atravesado por el cielo sin sombra.

Brilla el silencio alrededor del alma
donde la razón es clara y transparente como medusa,
así que me deja penetrar todos misterios:

la felicidad sin motivo
el ansia sin angustia
la espera de todo lo que no acontece.

El silencio canta y brilla en el espíritu
con una melodía que no termina.
Me habla una arboleda solitaria
desde el pasado entrando en el presente.

De toda la melancolía del mundo
desde la infancia me habla un perro con sus ojos casi
humanos,
un pobre quiltro despreciado y olvidado
menos que por las lágrimas piadosas

de mi tristeza que siempre linda
con cualquiera felicidad oculta,
así como la sombra la luz toca.

Vengan los cantos, vengan las canciones,
vengan las danzas y todas armonías,
ya que después todo se traga
la noche y en su silencio
prepara la mañana
para otra vez llenarme con luces nuevas.
Enséñame, medusa, este misterio,
ahora mismo mientras que derramas
tu transparencia desde la arboleda

que habla con el brillo de sus hojas
mancomunando felicidad y tristeza,
así como los ojos del perro actual
siguen hablándome desde aquel día.

¡Oh lágrimas puras del niño que fui,
él que me mira tras la distancia engañosa de los años!
Soy yo, soy yo, lo mismo de un tiempo: lo mismo de siempre.
¿Para qué mentir, para qué esconderme?

Hoy, que es el onomástico de mi Madre,
la fui a ver al camposanto
y lloré callada y sosegadamente,
y me sentí aliviado y bondadoso
no sé si triste, no sé si alegre,
mas con toda la santidad de mi Madre
hundida en el pecho que ya no contenía
cantos de pájaros sino que sus palabras dulces
como palomas blancas
y perfumadas a jazmín como los jardines
de su tierra bendita. Hoy es su Santo.
Hoy es su Santo, Dios mío, hoy es su Santo
y ya no puedo darle otra cosa
que estas lágrimas de ternura.

Oh Madre mía, ¿las ves tú cómo brotan
de tu corazón mismo que en mí revive?
Pero dime: ¿volveré a verte, volveré a abrazarte,
y cuándo vendrá aquel día?
Oh Madre mía dulce, ¿cuándo?

SUJETEN el cielo, árboles.
A brazos tendidos,
sujeten las bajas nubes que lloran.
Con las fuertes ramas,
sostengan el cielo que se va derrumbando,
ya que caen la lluvia y el cielo.

Y la lluvia llora.

Cae el cielo y llora.

Sujétenlo, árboles valientes,
sujétenlo con brazos impávidos.
Quédense firmes, inmóviles,
mientras que la tempestad azota.

Volverá el sol aunque parezca increíble.
Volverá el azul.
Volverán a volar los pájaros
y hasta las mariposas.

Mientras tanto, sujeten el cielo.
Guarden los nidos, cuiden todo lo bueno.
Sujeten el cielo desesperado que llora.
¡Sostengan el cielo, árboles valientes!

(con V. F. Parker)

EN el corazón del verano,
en esta última hora nocturna que precede el rocío de
la aurora,
yo sueño con la lluvia.
Sueño con las lluvias primaverales de mi tierra,
o con las del otoño maduro.

Las tengo entre mis dedos,
las peino con mis dedos amorosos
que son como las agujas de los pinos.
Las tengo entre mis manos que gotean
como las hojas anchas carnudas vivas
en los árboles que lloran sin tristeza
mas con una plenitud desbordante.

¡Oh crines plateadas que mojan
los bosques y las playas!
¡Oh música argentea escurridiza entre rama y rama!
¡Oh gotas alternándose anchas y leves
sobre las dunas y sobre la franja espumosa
en la orilla del mar tranquilo y atónito,
como quien acoge en su seno amargo
la dulzura de unas palabras suaves!

Así caen sobre mi alma
esas lluvias de ensueño.
¡Ya que sediento soy de ellas,
déjenlas mojar mi tristeza,
déjenlas apaciguar mis penas!

Quiero jugar con esas tiras de agua pura
que bajan de las nubes soberanas
y se inclinan al viento,
obedecen al viento.

Quiero sujetarlas en mis brazos
como ramos de tallos líquidos.
Quiero abrazarlas como cuerpo de mujer
fresco y desnudo,
como largas espigas de trigo maduro
o de maíz dorado.

Quiero luchar con el viento, quitárselas al viento caprichoso,
desviarlas a mi manera,
según mi antojo,
y lanzarlas como quiero,
donde quiero,
como flechas puntiagudas
para ensartar flores
y hacer guirnaldas otoñales, primaverales.
(Yo que sólo sé hacer guirnaldas de palabras.)

O devolvérselas a las nubes.
Pero con fuerza, con furia,
con toda la plenitud de mi vida
y la potencia de mis brazos.
Tirárselas a las nubes,
desgarrar los vientres de las nubes
opalinas y oscuras,
grisáceas y nacaradas;
descubrir el secreto de las nubes que la engendraron,
las lindas nubes claras,

las hurañas nubes de amenaza,
las dulces nubes que son como senos de mujeres,
rosados en los crepúsculos rosados.

Arrojarlas como misiles guerreros,
como astas y como alabardas
hacia los cielos variados
del alba lluviosa
toda colores frescos cambiantes
a la espera de la aurora.

Oh hilos de agua nacidos con la luz,
con la misma sustancia mística
de la mañana primera,
cuando cada pensamiento que brotó desde la oscuridad
nocturna
se vuelve celeste y opalescente,
rayado por las líneas plateadas
que llegan desde las cimas de la luz,
ya que hermanas nacieron hoy el agua y la alborada.
Se entremezclan en abrazos fecundos
se injertan, se anudan formando
un misterio único en el alma sosegada
en el mar liso.

Palpito. Tiemblo. Suspiro.
Y vuelo allá arriba
donde se cumple el misterio, donde nace el milagro.
Es la hora del alba y del rocío.
Mas las hebras de la lluvia
hoy son las gotas del rocío celeste.

Una que otra estrella aún tiembla
allá arriba entre las nubes
e injerta reflejos azulados
en unos goteríos, en unas líquidas astas.
Se precipitan ahora en manojos de ramos
a mi alrededor y dentro de mi mismo cuerpo
y en la profundidad de mi esencia divina.

Me uno a la lluvia.
Vibro con el tintineo de la lluvia.
Mi cuerpo desvanece, se disuelve, se transforma.
Es líquido y transparente. Es fresco como ella es fresca.
Es celestial como ella que viene del cielo.
Une como ella la tierra y las nubes,
los lagos tranquilos bajo el líquido azote
y las colinas suaves envueltas en tímidos velos de agua.
Refresca y apacigua la amargura del mar atónito.
Las florestas, los bosques, los jardines,
tiemblan conmigo de suavidad, de dulzura, de luz,
no más sedientos, no más surcados de aridez,
no más despeinados por la brisa y por el viento.
Estoy con ellos ya que soy como ellos.

Soy como el agua que quita la sed y riega la tierra.
Y soy también la rama gotcando;
soy la lágrima que moja y refresca
y soy la flor que la bebe.
Soy el charco que aumenta de luz
y el agua aérea que lo agranda
y refleja la policromía del cielo.

Mi alma sosiega su sed
y quita la sed a todas criaturas.
Es opalescente y líquida
como los ramos formados por las gotas oblicuas.
Es verde como el pasto
a lo largo de las inclinadas praderas
y como la yedra que trepa los viejos muros
renovados y pulidos
en los claustros y las huertas.

Es azul como mi mar lejano donde retorna.
Está hoy verdaderamente hecha de lluvia
de añoranza, de dulzura,
mientras que este día austral
se llena de una luz que es mi propia luz.

ANGELES basureros de la playa,
grises, pequeños como pájaros humildes,
van pisando la miel mojada de la arena
y picotean la franja de las olas;
avanzan, retroceden,
alarde haciendo
de cobardía y coraje,
silenciosos,
en el gran estruendo de la espuma
que en su blancura

tiene bordes de yodo amarillento;
y el perfume del mar
vale aquél de millares y millares
de jazmines naciendo repentinos
de las vorágines de luz verdosa
con zonas de turquesa azulada.
Ahí se planean las instantáneas
arquitecturas móviles
eternamente iguales y distintas
que luce el viento de la superficie.
Se derrumban, renacen
las blancas catedrales
esparciendo espíritu de sales y aromas,
el alma de las algas invisibles
con música de órganos salvajes.
Chispea pulverizándose la mar,
luchando con sí misma y conclamando
la energía del sol deslumbrante
que brilla sobre cada lomo verde
y grita en la embriaguez de las espumas
infinitas
a lo largo de todo el litoral.
Tiembla la orilla de la tierra
bajo la blanca furia
con tempestuosos truenos;
¿y cómo a los pies de las ruinas
líquidas
la arena se sosiega
en una paz suave y lisa
que acaricia los ojos de quien mira?

Mar milagroso, mar maravilloso,
¿vuela tu espuma ahora?
No pueden ser los mismos pájaros
como perdices tímidas
buscando desperdicios rechazados
por tu pureza soberbia.
Cándidas alas, planeando lentas,
condensan el azul aéreo,
derraman en lo alto
la dulzura del beso
final de las espumas,
sello de paz
entre las aguas
inmensas del océano
y la tierra del hombre.
Angeles basureros de la playa
suben con su blancura
flotando en el viento,
conduciendo la música del viento,
cándidas notas en suspenso,
o deslizándose por los cerros
invisibles del aire,
donde las puntas negras de las alas
escriben melodías inauditas.
Abajo ruge la boca furiosa del océano.
Ellos la sobrevuelan silenciosos,
héroes en calma,
ángeles del azul y de las olas.

En la casa del hombre
la noche es ahora eléctrica y ruidosa;

pero alguien entra y tira al piso
dos peces grandes y nace
un silencio asombroso.
Las criaturas del mar negruzcas
como las nubes que mancharon el cielo
del extremo crepúsculo esparciendo tinieblas,
alétean y sobresaltan boquiabiertas.
Codazos impetuosos muestran
la perdurable fuerza de la marina vida
que en el aire humano, en la paz doméstica,
se ahoga lentamente en espasmos
de interminables alternas convulsiones.

En la noche, en la casa,
la agonía de los peces
es como toda la agonía del mar.

SE adelantó el atardecer, amiga.
Ya brillan los faroles en la sombra
y los árboles van esparciendo tinieblas
desde sus troncos, desde sus ramajes;
así como de nuestro silencio
se extiende una tristeza muda.
¡Cuántos crepúsculos nos regaló el verano!
¡Qué alboroto de olas y de estrellas!

Qué plenitud de amor y de sosiego, cuando los días
trataban de hurtar tiempo a las noches
y nunca decidían morirse
y el cielo palidecía por la luz
que no quería dejarlo
y lentamente se iba concentrando
en un florecimiento de astros;
pero despacio, muy despacio,
como buscando de engañarnos,
y solapadamente preparaba
el terciopelo de la noche inmensa.

Pero ahora, dulce amiga, no solamente
es otro día que muere...
El verano se va, mi dulce amiga.
Otro verano se va de nuestra vida.
Por eso los faroles que se encienden
lágrimas me parecen
y nuestra callada tristeza
habla con ellos
y dice todo lo que voy anotando;
lo dice sin palabras
como mi corazón que tiene que buscarlas
para expresarse, ahora;
cuando entre las gotas del silencio
hay más cosas y más cosas
de las que van con ellas.

Entonces, quedémonos en silencio, dulce amiga.
Dejemos que hablen los faroles

a las copas de los árboles sombríos.
Son como gotas de luz y de llanto.
Son gotas de tristeza.
Habrá estío y calor y sol todavía,
pero el verano palidece y muere
y deja adelantársele las noches.

¿Para nosotros habrá aún la primavera?
Callan los árboles que ahora
son nada más que sombra
y el cielo está a oscura
y no lloran estrellas. Solamente
llora la lumbre fija de los faroles.
Y la melancolía me lleva lejos,
tan lejos que casi me da miedo.

MNEMOSINE, si tú sonríes, si tú me miras con tus ojos
sombrios, el pasado se hace presente y la vida se vuelve
innumerable como los granos en la arena y las venas
en todas las hojas de las florestas.

Bosques, florestas, ¿cuántas veces os contemplé en lugares infinitos y en días lejanos, y cuántas diversidades funden vuestros nombres y cuántos reflejos vuestros alcanzaron la profundidad de mi ser?

Cabelleras verdes levantadas en los cielos vespertinos, disueltas en la claridad de las nubes rosadas, respiran la luz última antes de ensombrecerse en la oscuridad nocturna;

o sueñan misteriosamente bajo las estrellas, sus troncos poblando las tinieblas;

o peinadas por la brisa beben la luz de las mañanas serenas;

o desgarradas por la tempestad se agitan entre la amenaza de relámpagos y de rayos. Luego, inmóviles y resignadas, yacen bajo el azote de la lluvia; brillando más tarde en el sosiego solar, cada hoja una chispa de iris y cada rama una corona gloriosa,

para coronar la fresca suavidad de nuevos pensamientos, como estos que tú me traes, Mnemosine.

Mnemosine, tú me llegas con los potros del mar, al galope de la alborada, desde todas las playas que yo vi,

cuando el palpitar azul y verde abre labios de espumas sobre la suavidad de la arena húmeda que refleja los cielos.

Me llegas con el viento que conmueve las copas de las palmeras radiantes de sol en el azul profundo.

¿Me llegas desde los evos remotos o desde mis días juveniles?

¿Me llegas desde la primera luz de mis ojos vírgenes o desde la cosmogonía creada por la novedad de mi alma?

Involuciones de pensamientos y de ensueños tras la luz de las pupilas.

En mí mismo y fuera del mundo, en mí sólo y sin ninguna comparación externa; en mí y en la hermosura de tu rostro reclinado, sombreado por el misterio de tu cabellera y de tus pestañas, Mnemosine.

Eres numerosa como las hebras en el tejido de tu manta cambiante.

Infinita eres como la luz de las estrellas infinitas, cuando danzas nocturna en mi noche insomne;

y sus reflejos se multiplican en tus miembros y brillan con las fosforescencias de los pensamientos que son tu esencia y tu carne,

que son la esencia y la sustancia de mi alma.

Desde el presente, desde el futuro, te invoco: ¡devuélveme mi vida, devuélveme los instantes preciosos que viví, todos los instantes e íntegra ella será en cada punto, y sin medida mi alma!

¡Vasta como el tiempo y el espacio transcurridos, vasta
como los días y los lugares que aún transcurrirán,

antes de convertirse en tu cuerpo de diosa que danza
bajo las estrellas!

Esta obra se terminó de imprimir en octubre de 1973, con una tirada de 500 ejemplares numerados de 1 a 500 en los Talleres Gráficos SOPECH. Santiago-Chile.